

Gaceta Médica del Norte

REVISTA MENSUAL DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA

Órgano Oficial de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao

Y DEL COLEGIO DE FARMACÉUTICOS DE VIZCAYA

Año XVI

Bilbao—Diciembre—1910

Núm. 192

La GACETA MÉDICA DEL NORTE está de luto; Don Carmelo Gil y Gorroño, uno de sus más firmes mantenedores, ha muerto el día 30 de Octubre de 1910.

Todos aquellos que le frecuentaron en vida comprenderán nuestro dolor al perder al compañero con quien nos unían los sentimientos de confianza, respeto y afección que inspira un verdadero maestro.

Era de aquellos hombres poco comunes, que cuando creen una cosa justa, nada les impide para llevarla adelante, no por las ventajas que pueda proporcionar, sino por su bondad misma.

De conversación sencilla, chispeante, llena de ideas originales, atraía en extremo y á través de su energía se transparentaba un carácter de rara belleza. Celoso de su independencia y respetuoso de la de los demás, se había constituido en el director de conciencia de todos aquellos que frecuentaban el periódico y la Academia, obras en las que puso toda su energía.

Los sentimientos que inspira la muerte de tales hombres, no se borran sino con la desaparición de los que los conocieron; pero la estima y la admiración por D. Carmelo serán duraderas. Sus obras quedan para atestiguar que era un hombre de ciencia, y lo que es mucho más raro aún, un noble carácter.

LA REDACCIÓN.

Acuerdo de la Excelentísima Diputación Provincial

Sesión celebrada el día 17 de Noviembre de 1910

EXCMO. SEÑOR:

No necesita el Diputado que suscribe encarecer á V. E. los servicios prestados al país por el eminente Médico D. Carmelo Gil y Gorroño, de cuyo fallecimiento acaba de darse cuenta.

Todos los señores Diputados conocen el extraordinario celo y la indiscutible y elevada competencia profesional de quien puede considerarse como el verdadero fundador de la Casa de Maternidad de esta Villa, que tan alto pone el nombre de la Beneficencia Provincial, de quien con sus continuos desvelos contribuyó poderosamente al justo prestigio de que gozan instituciones como la Casa de Expósitos y la Real Casa de Misericordia, que juntamente con la anterior pueden presentarse como modelo en su género, del que fué uno de los principales iniciadores del servicio de la vacuna directa tal como se halla establecida en esta Villa, y de tantas y tantas obras consagradas al alivio de las dolencias, especialmente de las clases pobres.

Los servicios prestados por el mismo como Médico-Director del servicio facultativo de la Diputación de Vizcaya, y los que durante más de cuarenta años pusieron de manifiesto ante Bilbao y ante Vizcaya entera, las altas dotes que le adornaban, le acrearon gratitud unánime y simpatías generales, que esta ilustre Corporación debe hacer patentes, para que sirvan de ejemplo y estímulo á las generaciones venideras. Para ello cree el suscrito interpretar los sentimientos de V. E. al proponerle que se sirva acordar:

1.º Que se haga constar en acta el sentimiento unánime de la Corporación Provincial por el fallecimiento de D. Carmelo Gil y Gorroño al verse privada ya de sus importantes servicios.

2.º Que se comuniqué á la familia del finado Sr. Gil y Gorroño el sentimiento de la Corporación trascribiéndole íntegros los acuerdos que se adopten, por la pérdida sufrida del respetado facultativo.

3.º Que se disponga por V. E. para perpetuar su nombre y el reconocimiento de la Corporación Provincial por sus eminentes servicios prestados á la Provincia, el que sea colocado el retrato del referido señor en las salas de las Casas de Expósitos y Maternidad de la Provincia, y

4.º Que se encomiende á la Excm. Comisión Provincial para la ejecución de los acuerdos precedentes.

V. E. no obstante resolverá lo que considere más acertado y conveniente.

Bilbao 17 de Noviembre de 1910.

JOSÉ JOAQUÍN DE AMPUERO.

(Rubricado).

El Sr. Ampuero: Muy pocas palabras necesito para apoyar la moción que acaba de leerse, porque creo se halla en la mente de todos los Sres. Diputados cuanto yo pudiera decir en este momento; de manera que me limito á recomendar la inmediata adopción de los acuerdos que en ella se proponen, ya que por la índole especial de los mismos no se hace necesario informe de ninguna clase, bastando el encargo á la Comisión Provincial, que por hallarse constantemente en funciones, puede llevar inmediatamente á la práctica lo que en la moción se indica.

Hecha la oportuna pregunta por el Presidente, así se acordó.

Academias y Congresos

Academia de Ciencias Médicas de Bilbao.

Sesión celebrada el día 11 de Noviembre de 1909

PRESIDE DON JULIO DE ORIVE

El Sr. Presidente dió cuenta del fallecimiento del académico D. Carmelo Gil y Gorroño, pronunciando sentidas frases haciendo la apología del ilustre compañero, proponiendo dar el pésame á la familia del finado, haciendo constar en acta el sentimiento de la Academia y levantando la sesión en señal de duelo.

Por aclamación fueron aprobadas las proposiciones del señor Presidente por la numerosa concurrencia que asistía al acto.

El Secretario General,

C. MENDEZA.

CARMELO GIL Y GORROÑO

Por Francisco de Ulacia

La honda sensación que la muerte de D. Carmelo Gil produjo en todos sus compañeros, fué la muestra más elocuente de la gran estima en que siempre le tuvimos. Cuando desciende á la tumba un hombre de tan nobles cualidades, surge en el espíritu de los que le conocieron y trataron una protesta espontánea y enérgica contra la muerte. Parece que seres de tan alta condición no debieran morir, pues la humanidad más desdichada, la que sufre las amarguras de graves dolencias, se ve privada de uno de sus más grandes consuelos.

Y el doctor infatigable, cuya muerte lloramos hoy, era un verdadero sacerdote dentro de su profesión. Toda su clarísima inteligencia, toda su vasta cultura y todos los tesoros de su larga experiencia, los utilizó siempre en bien de sus enfermos.

Jamás negó su persona ni sus conocimientos. La dulce paz del hogar, la tranquilidad y el reposo que otros hombres gozan en el seno de la familia amada, fueron placeres que apenas pudo disfrutar el doctor Gil, afanoso de servir á su innumerable clientela.

Tenía un temple de acero que á todos admiraba. Su actividad insólita á la que prestaban impulso vigoroso sus grandes entusiasmos científicos, se mostró siempre pujante, lo mismo á la cabecera del enfermo que en las consultas con sus compañeros, que en las discusiones profesionales de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, cuya fundación inició y á la que prestaba su concurso voliosísimo.

Era el alma de aquel centro de cultura. No tenía que esforzarse nada para consumir él solo la hora y media reglamentaria de las sesiones. El enorme caudal de casos prácticos acumulado en su cerebro le prestaba á raudales la elocuencia. La enseñanza que brotaba de sus labios era recogida con verdadero interés por todos cuantos le escuchaban. Sus oraciones mostraban siempre á nuestros ojos abierto el libro de la más rica experiencia, de la que hace al clínico, al médico práctico, prestándole ciencia y valor para resolver los casos más dificultosos de nuestra ingrata profesión.

Los que aun jóvenes le seguimos arrastrados por sus entusiasmos en los primeros años de la fundación de la Academia, no tuvimos ninguno la constancia y el tesón del afamado tocólogo. Fuimos perezosos, desertando poco á poco de aquel centro, donde se expusieron, discutiéndose, temas algunos de ellos verdaderamente trascendentales en las ciencias médicas.

Pero el doctor Gil jamás faltó á una sola de las sesiones. Acaso, más de una vez, si no hubiera sido por el concurso del esforzado tocólogo, la sesión semanal de la Academia no se hubiese celebrado.

Y al salir con sus compañeros á la calle aún seguía discutiendo el caso práctico ó la tesis científica, desapareciendo luego de improviso al recuerdo de una visita urgente. Y con la misma solicitud acudía al palacio del millonario que á la humilde guardilla del obrero, dando pruebas constantes de aquel desinterés y desprendimiento que tanto le enaltecieron durante su larga carrera profesional.

¡Cuántas noches en vela junto á una parturienta! ¡Cuántas horas de angustia á la cabecera de un muribundo! ¡Cuántas miserias, cuántos dolores debieron amargar su vida en el cumplimiento de su misión profesional...!

Y jamás decayeron los entusiasmos del doctor. Una especie de actividad febril le sostenía. Pero el enorme trabajo que se impuso era muy sobrado para agotar las energías del cuerpo y del espíritu del más vigoroso de los hombres.

Cayó al fin herido de muerte en uno de los órganos que más habían funcionado durante su vida: el cerebro, centro generador y propulsor de todas sus formidables energías.

Una sola vez le visité cuando estaba ya agobiado por tan grave dolencia. Me consultó é hizo que le reconociera. Ví en él el legítimo deseo de volver á su vida de acción. Comprendí que sufría mucho, muchísimo, pues su inteligencia se conservó siempre clara hasta la hora de la muerte. ¿Y cómo no había de sufrir condenado á la inacción más absoluta un hombre que fué siempre el prototipo de la más rigurosa actividad?

Al despedirme de él creí ver en su serena y triste mirada el último adiós de un moribundo. Y mientras yo abandonaba aquella casa con el corazón oprimido por la pena, el buen amigo é inolvidable compañero inclinaba la cabeza sobre el pecho, aquella cabeza de Cristo con su barba gris y rostro demacrado, señalán-

dose en su frente una profunda arruga, expresión clara de los sufrimientos de su alma generosa y noble.

Don Carmelo Gil (está en la conciencia de todo Bilbao) ha sido una víctima de su abnegación profesional.

Cuantos homenajes se le hagan para honrar su memoria serán pocos.

Descanse en paz el ilustre doctor.

Todos sus compañeros y amigos nos descubriremos siempre respetuosos ante su tumba.

Á CÁRMELO

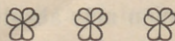
Por Marcelo Díez

Compartí con él durante algunos años el trabajo profesional en la zona rural, donde ambos dimos nuestros primeros pasos en la carrera. Su carácter vehemente entusiasta y sociable, sus cualidades de hombre estudioso, inteligente y activo, le conquistaron las simpatías de todos y mi cariño leal y sincero.

Durante su enfermedad compartimos también las horas tristes y de pensamientos negros, siempre engañado de volver á sus tareas, aunque conocía que su salud había sufrido un quebranto enorme.

Todos hemos perdido para siempre un buen compañero, su esposa un esposo adorado, sus hijos un padre querido y cariñoso y yo un buen amigo, ante cuyo recuerdo tendremos siempre una oración y una lágrima.

Bilbao 30 de Noviembre de 1010.



SESIÓN NECROLÓGICA

celebrada por la
ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS DE BILBAO
EL DÍA 30 DE NOVIEMBRE DE 1910
en honor de
DON CARMELO GIL Y GORROÑO

A las cuatro de la tarde da comienzo la sesión bajo la presidencia de D. Luis de Salazar, presidente de la Excm. Diputación provincial, y con asistencia del Sr. Alcalde D. Federico Moyúa, Comisiones de la Excm. Diputación y del Excmo. Ayuntamiento, Junta del Santo Hospital Civil, Santa Casa de Misericordia, de la Casa de Maternidad y Expósitos, Inspector provincial de Sanidad, Médico Director del Hospital Militar y oficiales á sus órdenes, Médico mayor de la Armada, la Academia de Ciencias Médicas en pleno y numerosísimas representaciones de señores Médicos, Farmacéuticos, Dentistas, Veterinarios, etc., etc., de Bilbao y provincia de Vizcaya, habiéndose recibido gran cantidad de telegramas y cartas de adhesión.

El Presidente de la Excm. Diputación concede la palabra al Sr. Presidente de la Academia de Ciencias Médicas

D. Manuel de Saralegui

SEÑORES: La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, al celebrar el solemne acto que hoy aquí tiene lugar, paga una deuda de gratitud y de cariño para con aquel inolvidable compañero que siempre puso todos sus entusiasmos y todo su inmenso caudal de ciencia y de clínica, al servicio de ella; para con aquel que con su firme voluntad no solo contribuyó de modo eficaz y decisivo á la fundación de este Centro de cultura médica, sino que fué la más firme columna de su sostenimiento aun en sus momentos más críticos y difíciles.

La Academia de Ciencias Médicas debe, pues, á D. Carmelo Gil y Gorroño gratitud eterna, y al tributarle este póstumo homenaje, une su duelo al duelo de Bilbao entero.

No he de hacer yo en este momento la semblanza necrológica de nuestro llorado compañero: labios más autorizados y más

elocuentes que los míos han de hacerlo á continuación. La Academia ha encargado esta labor á los Sres. Areilza, Carrasco, Lledo y Uruñuela, como expresidentes de la misma, á D. Carlos Mendaza, su secretario general, que leerá su bibliografía, á don Félix Landín, en representación de la juventud médica y á don Ramiro de Pinedo, en la del elemento farmacéutico de la Academia.

Correspóndeme, pues, solamente en este momento, expresar en nombre de la Academia, la gratitud inmensa de esta Corporación á todos los que con su asistencia han honrado este acto honrando á la vez que la memoria del finado amigo á la Academia misma, y muy especialmente á las autoridades sanitarias, civiles y militares, á la Excm. Diputación Provincial y Excmo. Ayuntamiento de Bilbao, que se han dignado asociarse á este homenaje.

Réstame, por último, hacer presente y hablando ahora como Presidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Vizcaya, que la clase farmacéutica de Bilbao y de la provincia se asocia al duelo de esta Academia y llora la pérdida de tan querido compañero como suya propia. He dicho.

HE DICHO.

Acto seguido concede el presidente la palabra á

D. Carlos Mendaza

BIOGRAFÍA DE D. CARMELO GIL Y GORROÑO

Nació en Sodupe el día 18 de Marzo de 1848 y falleció en Algorta el día 30 de Octubre de 1910; tenía, pues, 62 años.

Estudió su carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, comenzando los estudios el año de 1867, obteniendo en las seis primeras asignaturas que constituían los dos primeros cursos de la carrera, las mejores calificaciones, toda vez que logró alcanzar cuatro notas de sobresaliente y dos de notablemente aprovechado.

En el resto de las asignaturas hasta concluir la carrera, no pudo recibir más calificaciones que las de aprobado, debido á que por Real Decreto de Octubre de 1869, confirmado por otro de 6 de Mayo de 1870 se suprimieron las demás calificaciones subsistiendo las de aprobado y suspenso.

Y que se hizo acreedor á mejores calificaciones, lo prueba el hecho de que un profesor de aquella Facultad, el Dr. Seco y Valdoy, expidióle un certificado en el que se hacía constar que D. Carmelo había sido merecedor de la nota de sobresaliente en todas las asignaturas de la carrera.

Obtuvo su título de médico en 7 de Julio de 1871; algunos días después, el 25, es decir, el mismo mes y año en que recibió el título, fué nombrado por unanimidad, médico de la Anteiglesia de Abando, hoy anexionada á Bilbao, cargo que desempeñó con gran satisfacción de las autoridades y vecindario de la población por espacio de 14 años, cesando por renuncia voluntaria.

Además, desde Enero de 1873 hasta Diciembre de 1882, es decir, durante 9 años, estuvo encargado de la asistencia médica de Arraiz, barrio de Artigas de esta villa.

Asistió espontánea y gratuitamente en distintas épocas el Asilo de San Mamés, recibiendo espontáneos y laudatorios oficios de gracias del Sr. Alcalde de Bilbao y de la Junta de dicho Asilo.

El día 6 de Julio de 1883 fué nombrado, por concurso, médico de la Santa Casa de Misericordia de esta villa, cargo que ocupó durante 8 años, recibiendo en este espacio de tiempo expresivos votos de gracias y un regalo de libros é instrumentos de la Junta de aquel Asilo.

Ofreció espontáneamente sus servicios al Excmo. Ayuntamiento de Bilbao al estallar la epidemia del cólera el año 1885, haciendo servicio de guardia, presentando un proyecto de carruaje-camilla para la conducción de coléricos y analizando microscópicamente las aguas.

Formó parte del tribunal para la adjudicación de plazas de médicos de la Beneficencia municipal y del tribunal encargado del estudio de los proyectos de saneamiento de esta población, por encargo del Excmo. Ayuntamiento de la misma.

Fué el iniciador y quien instaló el Instituto de vacuna de ternera en Bilbao.

Fué asimismo el iniciador de la Maternidad, formando una Junta de Señores y encargándose con ellos de los trabajos preparatorios, hasta que la Exema. Diputación acogió la idea y la llevó á la práctica por su cuenta, recibiendo de esta Corporación el encargo de estudiar este asunto con otros dos profesores y siendo ponente de la memoria y planos que se presentaron.

Contribuyó á la formación y desarrollo de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, desempeñando el cargo de Presidente de la misma el curso de 1896 á 1897.

Desempeñó diversos cargos y nombramientos, prestando un eficaz concurso á cuantas entidades y particulares solicitaron sus servicios.

Fuó nombrado, por último, el año 1901, médico de la Maternidad de Bilbao, cargo que se hallaba desempeñando cuando murió.

Por un accidente de automovil que le acarreó la fractura completa de la pierna izquierda, estuvo fuera de servicio durante unos cuantos meses, y al año escaso de haber reanudado su trabajo, sufrió una hemiplegia de la que falleció el día 30 de Octubre de 1910.

Y así terminó este hombre grande por sus hechos, pero más grande todavía por su desinterés y por su amor á la Ciencia y á la humanidad.

El Sr. Presidente: El Sr. Landín tiene la palabra.

D. Félix Landín

DEUDA DEL ALMA

Don Carmelo Gil dejó un recuerdo imperecedero de su paso junto á nosotros y una hondísima pena por su muerte.

Logró destacarse con gran relieve profesional en esta región y con realce mayor en esta Academia. Nada más justo y merecido que aquí se le dedique este respetuoso homenaje.

Sus doctos contemporáneos, aquellos que con él laboraron en las ciencias médicas, los que recuerdan sus dichos y sus hechos, su palabra sincera y franca, sus actos generosos, es decir, los que conocieron su vida íntima, son los llamados con su autoridad, talento y prestigio á solemnizar este acto. Ellos nos dirán que si aquel maestro tuvo una inteligencia grande, poseyó un corazón mucho mayor. Nos hablarán de su pericia, del grado de cultura que alcanzó en la ciencia, principalmente en aquella rama á la que dedicó sus diarios afanes y calurosos entusiasmos; y estamos seguros de que al hablarnos de su carácter bondadoso, su caridad sin límites y la grandeza de su alma, darán tan alto y completo relieve al modelo, que revivirá en nuestra mente como si hoy vibraran de nuevo su palabra y su espíritu ante los muros de esta Academia.

A sus doctos contemporáneos corresponde esculpir y abri-llantar en la memoria de la generación presente los excelsos méritos del hoy llorado y enaltecido D. Carmelo Gil.

A nosotros, médicos noveles, nos toca oír su panegírico con respetuosa y filial veneración. Pero se nos perdonará que no pudiendo dominar el fuego del entusiasmo por tan ilustre maestro, nos adelantemos, para que sea de la juventud médica la primera corona que circunde su nombre: corona, tejida sencillamente por la admiración, respeto y el cariño y que quisiéramos fuera cincelada en bronce, para que perdurara su recuerdo en el ánimo de los que tanto le amaron.

Y deseamos ser los primeros, porque deben ser preferidas las deudas del alma y de esta elevada y sutil categoría es la que tenemos contraída con él; porque D. Carmelo reservó para nosotros gran parte de sus entusiasmos, toda su benevolencia.

En los albores profesionales, todos nosotros hemos hallado maestros, consejeros y amigos que nos guiaron hasta los pórticos de la carrera; pero al llegar á las estrecheces y sombras del camino, nadie nos ayudó como aquel maestro queridísimo, porque en su alma exquisita había un filón de riqueza espiritual reservado para la juventud médica.

Aquel ceño fisionómico, superficialmente sombrío, se disipaba entre nosotros y su palabra siempre jovial y fresca, enlazando la anécdota risueña con la lección profunda, nos dejó trazada la senda por donde debemos caminar los que comenzamos la profesión.

Cuando tropecemos con las asperezas y los escollos, nada nos confortará para salvarlos como su recuerdo ejemplar. En la Academia, en la clínica, en la consulta, en la calle, en todas partes nos decía con la gran elocuencia de sus acciones: no desmayéis, estudiad y adelante, luchad y luchad contra mí para fortaleceros en la lucha; yo soy uno de vosotros, yo estaré siempre con la juventud renovada, porque yo, nunca seré viejo!

Todavía siento en mis oídos la vibración juvenil de estas palabras, saturadas de un optimismo sano y confortante.

Todavía me parece verle en las sesiones académicas incitándonos generosamente á la discusión, procurando darnos con ella relieve. Presentaba sus casos esbozados, sin detalles y diciendo: yo quiero ser aquí el acicate de la discusión, reservo mi diagnóstico para el final, porque necesito oír la opinión de este ó de

aquel, y mezclaba nuestros nombres con los de los médicos más afamados para dar aliento á los más noveles. *Estas, estas, son las deudas del alma.*

Fué D. Carmelo Gil, un modelo de compañerismo por nadie superado. Sus nobles procederés y su exquisita delicadeza, nos dan la norma que debemos seguir y seguiremos con nuestros compañeros en los actos profesionales.

A la cabecera del enfermo fué profundo observador y sacerdote de la ciencia, porque supo siempre calmar el dolor con la esperanza, que es la medicina del espíritu.

Pero uno de los rasgos más característicos de D. Carmelo en sus relaciones con los médicos jóvenes era su imponderable modestia. No solo en la intimidad y en la vida Académica, sino en la más interesante, en la práctica profesional. En cuantos casos en que era necesaria una intervención, fuera ó no de su especialidad, mostraba solícito empeño en servirnos de ayudante á nosotros, á los que nos honraremos mucho con haber sido siempre servidores suyos. Tal vez aquella excelsa virtud de la modestia sea la causa fundamental de la veneración que le teníamos y que conservaremos en nuestros corazones.

Si alguna vez la intensidad del trabajo y las contrariedades nos abaten, recordaremos para imitarle, que su prestigio sintetizaba una vida intensa de energía, de actividad, de desprendimiento, de asombrosa labor altruista y de entusiasmos, que solo agotó la muerte.

¡Lástima grande que al morir se perdiera para nosotros todo lo que aquella inteligencia atesoraba! Si su incesante actividad le hubiera dado reposo para escribir la síntesis de su gran experiencia, nos hubiera legado una hermosísima colección de lecciones clínicas, con sabor práctico y provechoso por lo característico de su individualismo.

Lamentemos esta dolorosa falta. Pero en lugar de detenernos á lamentarla, hagamos algo por suplirla. Ahora que percibimos todavía los últimos destellos de su vida y están recientes sus palabras en nuestra memoria, unámonos todos para reconstruir en lo posible algo de lo que fué aquel maestro, recopilando lo que le oímos en esta Academia, ya que no dejó nada escrito.

¡Nada escrito! ¡Este es un motivo más de duelo para nosotros y para muchos de los que sufren!

En nombre de ellos y de este centro académico, llamo á las

puertas de vuestra conciencia, sabios y prestigiosos compañeros y maestros que tenéis la obligación moral de legarnos el fruto de vuestra valiosísima experiencia.

Responded á nuestra llamada. Acudid constantemente á la Academia, con vuestras luces para iluminar este Faro construido por la experiencia, la abnegación y el entusiasmo. La juventud médica cuidará de conservarle encendido para que extienda sus rayos por nuestra esfera de acción, por la región amada en que vivimos.

Hoy es la primera vez que la Academia rinde tributo de veneración póstuma á la memoria de uno de sus más ilustres y virtuosos fundadores. Día de júbilo será para nosotros, si se logra que de este acto brote un laurel de gloria inmarcesible para el muerto y un foco de luz permanente y bienhechora para los vivos.

Poco importa que nuestro tributo llegue á este solemne y sentido homenaje en forma inesperada y desaliñada. Las *deudas del alma* no se pagan con obras de arte, se pagan, con el culto del corazón.

Y aquí venimos confiados y seguros en que él, desde las misteriosas regiones de los cielos, perdona nuestra inesperienza porque sabe que todos los esfuerzos de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia han de tender á imitar en nuestra vida sus altos dotes y ejemplares virtudes.

El Sr. Presidente: El Sr. Pinedo tiene la palabra.

D. Ramiro de Pinedo

IN MEMORIAM

La Academia de Ciencias Médicas se ha movido siempre dentro de un círculo de extremada modestia. Al venir hoy aquí, más por exigencias de local que de otra índole, creo un deber encerrarme dentro de estos límites para honrar así más la memoria de aquel que pareció poner todo su empeño en que su vida se ajustara á un lema cuyas palabras fueran modestia y sinceridad.

Así, pues, no he de decir un discurso, labios más autorizados que los míos han de pronunciarlo. Me limitaré á leeros algunas anécdotas relacionadas con aquellas obras en las que puso gran parte de sus energías la GACETA MÉDICA DEL NORTE y esta Academia.

Cuando empezó á publicarse la GACETA MÉDICA DEL NORTE, gracias á las iniciativas de nuestro malogrado y nunca bastante llorado compañero D. Martín Valdés, era el periódico completamente independiente de la Academia; exigencias de todo género hicieron que sus propietarios llamaran en su auxilio á un núcleo de amigos que prestaran su cooperación para el sostenimiento de esta Revista que se moría á chorros.

A la reunión que los doctores Martín Valdés y Aparicio Arjona nos citaron, acudió lleno de entusiasmo don Carmelo Gil y Gorroño.

Todos los que en aquella época pusimos nuestras pecadoras manos en aquella obra, tenemos hoy el deber de dedicar un recuerdo á aquel hombre que fué nuestro sostén, el alma de aquel núcleo periodístico que tenía sus reuniones en la Farmacia de Monasterio, y que presidía nuestro querido compañero D. Diego Espada, amo de la casa.

En aquellas reuniones, como en las de la Academia, era en las que se ponía de relieve el espíritu admirablemente templado de D. Carmelo; había dedicado buena parte de sus energías á estas dos empresas, y para conseguir su fin, todos los sacrificios le parecían pequeños, en los apuros de dinero, que en el periódico fueron muchos, su bolsillo se hallaba abierto continuamente, contribuyendo siempre mas ningún otro; en los desmayos de los espíritus apocados, él era el que con su palabra enérgica nos animaba, proponiendo muchas veces el tema de los artículos y obligándonos á estudiarlos. ¡Cuántos le debemos no pocos conocimientos y la afición al estudio! Él guiaba nuestros pasos; como padre cariñoso nos confortaba en las penas, y constantemente nos aguijoneaba con la valentía en él peculiar, comunicándonos sus energías; para todos tenía una frase animosa; su conversación era amenísima, salpicada de anécdotas, la mayor parte de ellas profesionales; cuando decíamos que no había material exclamaba: «escribiré yo si es preciso», y no escribía porque le faltaba el tiempo para ello; todo él pertenecía á sus clientes; las horas del sueño al estudio de libros y revistas. ¡Cuántas veces le hemos oído decir: «hace tres días que no duermo!»

A veces, muy raras, nos reuníamos los redactores en una modestísima cena para cambiar impresiones de sobremesa, y entonces se discutía de arte; la pintura y la música eran las dos grandes aficiones de D. Carmelo. Martín Valdés y el que estas líneas

escribe, pasaban las veladas en discusiones que terminaban muy tarde en la puerta de su casa: eran los momentos de libertad, de reposo al trabajo constante.

En la Academia D. Carmelo se transfiguraba: todo su entusiasmo, todo su cariño, eran para ella; algún día que había poca gente le oímos exclamar: «en esta casa mientras haya un solo oyente, habrá un orador». Un visionario de la ciencia querido y respetado por todos nosotros, exclamó: «el oyente yo, D. Carmelo», y éste tendiéndole la mano le contestó: «y yo el orador».

Otro, hallándose el Sr. Unibaso en el uso de la palabra y habiéndose fundido los plomos, se apagó la luz eléctrica, el conferenciante exclamó: «buenas noches, se levanta la sesión», apresurándose D. Carmelo á replicar: «no señor, para discutir de ciencia no se necesita ver, lo único que hace falta es saber oír». La sesión continuó á obscuras, llenándose el tiempo reglamentario.

D. Carmelo era de los que pensaban que es justo que los hombres que deseen aventajarse á los demás vivientes, deben procurar con el mayor empeño no pasar la vida en silencio como las bestias, á quienes Naturaleza creó inclinadas á la tierra y siervas de su vientre y de su ingenio nacieron estas dos obras en las que puso toda su alma.

El periódico ha cambiado completamente de forma para ser la publicación que todos conocéis; la Academia vive todavía, don Carmelo há muerto. La muerte ha podido cerrar sus ojos, la luz de la inteligencia que los animaba entre nosotros queda, con nosotros vive, y su recuerdo no desaparecerá nunca. El mejor homenaje que podemos hacerle todos los que le hemos tratado y querido, es poner nuestra alma, nuestras energías todas en la continuación de esta publicación y en asegurar á la Academia una vida próspera. Entonces podremos decir con razón que nuestro cariño era verdadero. D. Carmelo Gil y Gorroño ha muerto, pero su espíritu vive animando el periódico y la Academia.

El Sr. Presidente: El Sr. Uruñuela tiene la palabra.

D. Julio Uruñuela

SEÑORES: La benevolencia hacia mí de los señores que componen la comisión de la Academia de Ciencias Médicas, encargada de organizar esta sesión para honrar la preclara memoria del Sr. D. Carmelo Gil y Gorroño, y el haberle yo sucedido en varios de los cargos profesionales que desempeñó, son los motivos

principales por los que en este acto, y sin otros merecimientos, me veo precisado á tener el honor de intervenir.

Como homenaje, humilde por ser mío, á su esclarecida memoria, voy á puntualizar tan sólo los méritos sobresalientes que el Sr. D. Carmelo Gil y Gorroño contrajo en el desempeño de dichos cargos; y me propongo hacerlo, más que con el empeño y decisión del fiel compañero y del amigo del alma, con el respeto y cariño filial de quien como yo, tuvo la suerte grande en los comienzos de su carrera de recibir de él provechosos consejos y utilísimas enseñanzas, por lo que le guardo y guardaré toda la vida en mi corazón recuerdos imperecederos de sincera gratitud.

El año 1871 y apenas terminó su carrera, comenzó el señor Gil á ejercer la profesión en la hoy extinguida Anteiglesia de Abando, en la que había residido desde muy niño y en la que contaba sus más caras afecciones, Anteiglesia que ya entonces estaba muy mermada por la primera anexión á Bilbao de lo mejor y más granado de su jurisdicción. En dicha Anteiglesia habían ejercido los cargos de médicos titulares los Sres. D. Enrique de Echevarría, D. Eusebio de Zuazagoitia y D. Lucas Gil y Azcue, padre de D. Carmelo, tres meritísimos facultativos que honraron á nuestra profesión, y de tan relevantes méritos y condiciones, que fueron queridísimos y gozaron de fama envidiable. Falleció, poco antes de concluir su carrera D. Carmelo Gil, el señor Echevarría, y agregado á Bilbao el Sr. Zuazagoitia desde la anexión, quedó solo el padre de D. Carmelo aguantando sobre sí el ímprobo y enorme trabajo que suponía la prestación del servicio facultativo á todo lo que entonces constituía la Anteiglesia de Abando, formada por extensa y abrupta jurisdicción, en espera de la terminación de la carrera de su hijo D. Carmelo, para quien por unánime sentir de los vecinos, se le reservaba la plaza que había dejado vacante la defunción del Sr. Echevarría, y cuyos vecinos vislumbraban ya en el joven estudiante de medicina la elevada talla que pronto había de alcanzar en su carrera. Honor extraordinario, señores, que contados médicos habrán alcanzado.

Tomó, pues, posesión del cargo de médico titular de Abando en época bien aciaga por cierto, cuando la guerra civil había comenzado á enseñorearse con todos sus horrores de nuestra querida tierra, y fué precisamente á ocupar un puesto de un peligro extremado y capaz de poner á prueba el alma más valerosa.

Basta recordar que la Anteiglesia de Abando estaba entonces ocupada por las avanzadas de uno de los dos bandos que luchaban, y que las avanzadas del otro se hallaban en los mismos confines: que los tiroteos y las escaramuzas eran continuos y que los disparos de la artillería barrián con mucha frecuencia las veredas y caminos que á todas horas del día y de la noche tenía que cruzar y destruían las casas en las que entraba á visitar sus enfermos. Véase si puede darse situación más crítica para un joven médico que empieza su carrera, en que á los sinsabores y zozobras inherentes á los primeros pasos en nuestra profesión, iban unidos los múltiples peligros y penalidades de aquella horrenda contienda. Sin embargo, D. Carmelo Gil, hombre de grandes arrestos y de alma bien templada, supo arrostrar con decisión inusitada y heroico valor aquella fatal situación que duró tres años, sin abandonar nunca los sagrados intereses de los enfermos que le estuvieron confiados, visitándolos y asistiéndolos con tanta solicitud y puntualidad como si lo hiciera en tiempos normales. Su vida de entonces está llena de incidentes y episodios, enriosisimos todos, algunos verdaderamente trágicos: hoy todavía conserva su familia con santo amor y cual glorioso trofeo la capa que entonces usó, agujereada por un balazo. ¿Qué es todo esto que acabo de relatar, señores, más que el culto del deber nacido de la fe médica y del entusiasmo profesional que no le abandonó jamás al Sr. Gil; de su amor grande y entrañable á la medicina? Dios quiso salvarle de los múltiples peligros que le rodearon entonces en que la muerte anduvo muchas veces cerca de él, pues le tenía reservado un porvenir brillante.

Una vez felizmente terminada la guerra, pasó el Sr. Gil á vivir á la casa llamada de Zugasti, junto al puente de Cantalojas, casa enclavada en la populosa barriada de San Francisco, y aquí, en esta segunda etapa de su vida de médico titular de Abando, extendióse su fama rápidamente por todo aquel populoso barrio, fama que se acrecentó particularmente en lo que constituyó su amor médico más grande: la especialidad de partos. No pretendo trazar su fisonomía moral, pero sí me parece oportuno consignar ahora que una de las cualidades morales más salientes y preeminentes de su carácter era su espíritu de bondad, de la bondad verdadera y sincera, de la que se adivina, de la que se vé aunque no se quiera demostrarla, que es la que vale, y que hizo que su corazón fuera modelo de bondades sin cuento y de generosi-

dad sin límites. Con esta cualidad moral tan admirable, unida á sus grandes energías físicas y á sus relevantes y sobresalientes méritos profesionales, no es de extrañar llegara como llegó en poco tiempo á ser el médico preferido, á quien idolatrabán más que querían aquellas gentes. Su fama adquirió gran renombre y era ya conocido y apreciado en Bilbao algunos años después, cuando la ilustre Junta de Caridad de la Santa Casa de Misericordia se decidió por nombrar un médico propio para dicho Asilo, pues hasta entonces su servicio médico lo había prestado el Excmo. Ayuntamiento de Bilbao por medio de los médicos del distrito donde estaba situado, y no poseía más que una enfermería de observación, pasando al Hospital Civil todos los enfermos afectos de dolencias de alguna importancia. El Sr. Gil fué agraciado con dicha plaza y fué, pues, el primer médico en propiedad que ha tenido la Santa Casa de Misericordia de Bilbao.

Médico titular de Abando, visitando gran parte de la populosa barriada de San Francisco, y con numerosa y escogida clientela por todo el resto de Bilbao, era echarse una carga ya imposible sobre sus hombros de titán, añadir á todo esto el servicio médico de San Mamés, y entonces decidió dejar el cargo de médico de Abando.

Unido el Sr. Gil á una persona de mi familia por entrañable amistad cimentada en los años escolares, esta circunstancia fué la que determinó el que yo, que apenas hacía un año había concluído mi carrera y me encontraba á la sazón ejerciendo la plaza de médico titular de Sondica y Lújua, solicitara la que él acababa de renunciar, siendo agraciado con ella y pasando á ocuparla. Esto ocurría el año 1883.

Ocho años ocupó el Sr. Gil el cargo de médico del Asilo de San Mamés, y los mismos años desempeñé yo su puesto anterior de médico titular de Abando. Ocho años, señores, de trato continuo y de roce frecuente, ocho años de convivir la vida médica, pues no había enfermo grave, ni caso dudoso, ni difícil que no asistiera conmigo llamado y solicitado D. Carmelo Gil, y en dicho lapso de tiempo recogí enseñanzas provechosísimas é inolvidables, y fuí testigo del profundo cariño que el pueblo entero de Abando le profesaba y de la alta estima en que se le tenía.

El año 1891 renunció D. Carmelo Gil el cargo de médico de de la Casa de Misericordia que lo abrigó con su saber y sus

prestigios, pasando yo entonces á ocupar también este puesto, por decisión, honrosa para mí, de la ilustre Junta de Caridad del Asilo. Su renuncia fué acogida por la Junta con profundo sentimiento y verdadero pesar, y con los términos más laudatorios y honrosos para su reputación profesional, y por acuerdo unánime, ya que lo perdían como médico, quisieron retenerlo como compañero, y como honor excepcional le nombraron hermano vocal de la Junta, cargo que lo desempeñaba todavía cuando ha pasado á mejor vida y que la Junta actual para honrar su memoria ha tenido el delicado acuerdo de conferir á su hijo, nuestro querido amigo y compañero, reputado toco-ginecólogo, que honra con brillantez el prestigioso nombre de su buen padre.

Uno de los rasgos más salientes y que más han enaltecido, en mi concepto, la vida médica de D. Carmelo Gil, y que basta él solo para que su nombre sea siempre recordado con gratitud en Bilbao y hasta en todo Vizcaya, pues á toda ella llegaron sus benéficos efectos, fué su feliz iniciativa de la creación del Instituto de Vacunación de la Santa Casa de Misericordia, poco tiempo después de haber sido nombrado médico del Asilo, iniciativa suya que fué secundada con entusiasmo por la ilustre Junta de Caridad del Asilo, amparadora siempre de todas las ideas humanitarias. El 1884 comenzó á funcionar dicho Instituto: hasta entonces se había hecho la vacunación en Bilbao de un modo que para aquel tiempo resultaba ya primitivo y rutinario. Una vez al año, generalmente el mes de Abril, vacunaba gratuitamente un médico municipal en la Casa Ayuntamiento á dos ó tres docenas de niños elegidos entre los más sanos y robustos, con conservas vacuníferas procedentes de Inglaterra, y luego la vacunación se difundía de brazo á brazo por Bilbao y por los pueblos de la provincia; no se hacía propaganda ó era ineficaz, pues contadas eran las personas que se revacunaban, y aun muchas familias desdeñaban la primera inoculación influídas también por los detractores de la vacuna, que sirviéndoles de pretexto los inconvenientes y peligros de la vacunación de brazo á brazo, los exageraban para combatirla; y la viruela, endémica en nuestro país, hacía extragos epidémicamente cada tres ó cuatro años, segando en flor las vidas de muchos seres, pues es sabido que ataca con preferencia á los niños y á los jóvenes. Carmelo Gil se propuso acabar con todo esto y creó el Instituto de Vacunación directa de la ternera, método de vacunación entonces

en boga, el segundo creado en España, y preparó los tubos de linfa vacuna que se vendían, no solo en Bilbao y la provincia, sino en gran parte de España, y hasta en algunos países americanos y en las Islas Filipinas, y dió toda clase de facilidades estableciendo la vacunación gratuita, y se implantó la vacunación semanal durante todo el año, y se hizo una activa y constante propaganda que ha sido después cuidadosamente continuada, cuyo resultado fecundo ha sido la desaparición de la viruela con carácter epidémico de todo Bilbao y de casi todo Vizcaya, epidemias que constituían un baldón de oprobio y de vergüenza.

Con esto, señores, he terminado lo que me había propuesto decir en honor del nombre preclaro é insigne de nuestro llorado é inolvidable amigo, acto que me ha proporcionado una de las más grandes satisfacciones de mi vida, por haber podido expresar públicamente mi testimonio de admiración, de cariño y de respeto á la venerada memoria de D. Carmelo Gil y Gorroño, para quien, como lo he dicho antes, he guardado, guardo y guardaré en mi corazón recuerdo eterno de profunda gratitud.

El Sr. Presidente: El Sr. Areilza tiene la palabra.

D. Enrique de Areilza

CARMELO GIL Y GORROÑO

Nuestro compañero Carmelo Gil y Gorroño muere sin dejar trabajos escritos de su larga y gloriosa vida de médico. Las generaciones venideras carecerán de documentos que atestigüen su valía, y por eso su nombre no podrá ser perpetuado en la medida de sus merecimientos. En cambio, los vivientes actuales conservarán siempre en su memoria, el recuerdo del profesor sabio y diligente, y en su corazón la veneración y el cariño al hombre que ha sacrificado la vida entera á la humanidad que sufre y padece.

Carmelo Gil era médico de vocación y de raza, y como si ello no fuera suficiente amoldó de tal manera su organismo á las imperiosas exigencias de la clientela, que vivía en el mayor de los placeres, envuelto incesantemente en el torbellino de visitas, consultas, partos y operaciones. Y después de esto, aun le sobraba amor á la carrera para ser el primero en tomar la palabra en la Academia, en la calle y en todas partes, discutiendo asuntos de nuestro arte.

Esclavo perenne de sus enfermos, sin disponer un día de vacaciones, acompasó el ritmo de su vida, al ritmo azaroso y desordenado de las dolencias humanas; comía á horas intempestivas, dormía con el teléfono al oído y estudiaba hurtando el tiempo al sueño y al trabajo; pero estudiaba sin cesar. No quedaban para él retrasadas las recientes obras científicas y su biblioteca resulta de las más nutridas y modernas. El entusiasmo por el progreso le obligó á ir en vanguardia para adquirir su magnífico arsenal clínico; el primer microscopio médico que llegó á Bilbao entró por su gabinete; la primera instalación de rayos X fué montada en su casa, á poco de conocerse la genial invención de Rontgen

Yo admiraba en Carmelo una extraordinaria persistencia y tenacidad de terapeuta, imposible de superarse. No conoció el desfallecimiento en la lucha que sostenemos con la muerte; por eso salvaba enfermos que nosotros creíamos perdidos. Y cuando ocurría la derrota ó el fracaso, en vez de sumirse en el estupor profesional, que conduce al desaliento y al pesimismo, reaccionaba vigorosamente, sustituyendo el sentimiento depresivo y de angustia por la obsesión investigadora del caso clínico, á fin de arrancarle enseñanzas provechosas para las luchas futuras.

El interés científico, que es quizá el más humano de los intereses, era el único motor de sus actividades. Del otro interés apenas se preocupó. Las cuentas las anotaba en el corazón de sus clientes. Los desagradecidos quedaban liquidados con la insolvencia, y como es de rigor en tales casos, con derecho á la crítica y á la injuria.

No es posible presentar á Carmelo Gil y Gorroño como ejemplo y modelo para nosotros; sería preciso haber nacido con su temple y con su *sangre médica*. Pero sí podemos y debemos admirarle eternamente como el prototipo de compañero que se entregó *in toto*, con el cuerpo y con el alma á sus enfermos, inmolando gustoso la existencia á la carrera que le había preparado el destino.

El Sr. Presidente: El Sr. Carrasco tiene la palabra.

D. José Carrasco

QUERIDOS COMPAÑEROS Y AMIGOS, SEÑORES:

Invitado por los señores que han organizado este acto á tomar parte en él, hice cuanto pude por escusarme, temeroso de no

cumplir el encargo que me conferían, todo lo acertadamente de que la memoria del muerto querido es merecedora. Tenía yo, y sigo teniendo, para este temor dos motivos: uno que hace ya tiempo que perdí el hábito de hablar en público, aunque este público sea, más que público, mi propia familia espiritual, como lo sois vosotros; otro el estado de mi ánimo, el estado de mi espíritu, agobiado por desgracias de familia, que no me dejan tiempo ni espacio más que para pensar en ellas.

No obstante estas razones, tanto y tanto insistieron, que poco menos que me hicieron creer que mi cooperación á este acto era tan necesaria, que sin ella le faltaría algo que no le debía faltar; no por otra cosa que por haber sido yo precisamente el primer presidente de esta Corporación.

Y como yo apreciaba y quería al Dr. Gil, tanto como el que más, me pareció que no debía insistir en mi negativa, máxime cuando convencidos por mis razones, dejaron reducida su pretensión á escribir unas cuartillas para que fuesen leídas en esta sesión solemne, la primera que celebra esta Academia para honrar la memoria de uno de sus miembros.

Y ahí van, señores, desaliñadas, como mías, pero también, como mías, llenas de buena voluntad.

Aceptado el encargo, ha constituido para mí una grave dificultad la elección de asunto. Esta sesión se celebra para honrar la memoria de nuestro inolvidable compañero el Dr. D. Carmelo Gil. ¿Trataría yo en estas cuartillas de llamar vuestra atención sobre sus merecimientos? ¿Pero no es precisamente por esos merecimientos, que todos conocemos, por lo que se celebra este acto? ¿No me podría suceder que mi pluma no acertara debidamente á enaltecerlos? ¿Habría yo de repetir torpe y pobremente lo que otros señores académicos habrán de deciros con la galanura y elocuencia que el muerto merece y á que vosotros tenéis derecho?

Ante estas dudas resolví por fin no hablaros del Dr. Gil, sino hablaros en su nombre, pues estoy seguro de que si él viviera y me escuchase, había de aprobar lo que os voy á proponer, puesto que fué entusiasta por su clase y amantísimo de sus compañeros.

Convencido yo de esto, voy á hablaros en este solemne acto de algo que atañe á la clase médica, con la esperanza de que la clase á que el muerto perteneció y honró, saque algún provecho del homenaje que con este acto dedica á su memoria.

Ahora bien, señores, cuando hace 15 años tenía yo la honra de dirigiros la palabra en la primera sesión que celebraba esta Academia, os dije que la principal misión que esta Academia debía cumplir, no era tanto la científica como la profesional. Que esta Academia debía servir, más que para nada, para conocernos, para tratarnos, para unirnos, para estrecharnos en apretado haz.

Y ese fué también el propósito del Dr. Gil. Él acudía á esta Academia á hablar un rato con sus compañeros; á hablar, sí, de Medicina, pero por el gusto de hablar con ellos. Por eso venía aquí sin prepararse nunca. Trataba sencillamente de lo que se estuviera tratando en tono amistoso, en tono familiar. Y como no acostumbraba prepararse, siempre estaba preparado. Así acontecía que cuando el Presidente preguntaba si algún académico quería exponer algún caso clínico y nadie contestaba, él pedía la palabra y exponía uno, cualquiera, pues su fin era romper el hielo, que hubiera discusión, que la Academia viviera, pues como él la había engendrado, no quería verla morir.

Y yo espero, señores, que no morirá, pues si su constancia en acudir á las sesiones la ha hecho vivir hasta ahora, el recuerdo de su nombre, su sombra protectora la harán vivir en adelante.

Pero lo que no podrá hacer será hacerla cambiar de naturaleza. Vendremos aquí á discutir asuntos de medicina, pero ni una sola vez se tratará un asunto profesional, como ninguno se ha tratado en los 15 años que cuenta de existencia.

Y precisamente, señores, los asuntos profesionales deben ser para nosotros los más importantes.

Bien está que procuremos elevar nuestro nivel científico, porque ese es un deber elemental, es un deber de conciencia profesional. Pero esto no se opone, antes bien, lo favorece á que miremos por los asuntos profesionales. Porque los asuntos profesionales son asuntos de vida ó muerte para la clase. Por eso, porque la clase médica de Vizcaya no se preocupa de ellos, la clase médica de Vizcaya puede decirse que no existe, que está muerta. En Vizcaya hay médicos, muchos médicos, más de los que convendría que hubiese; pero no hay clase médica. En una época en que todo el mundo se asocia, en la que cada cual suma su energía á la de su congénere, en la que aun los más humildes buscan en la unión la manera de llegar á la realización de sus

ideales, solo nosotros permanecemos aislados, dispersos, indiferente cada uno á los bienes de los demás. Siempre trabajando, en la brecha siempre y cada cual encerrado dentro de sí mismo, echado en brazos de un individualismo sistemático y suicida. Triunfos, derrotas, energías, desfallecimientos, satisfacciones y sinsabores, todo, absolutamente todo es individual.

De aquí resulta que formando nosotros la clase social más sufrida, la de más abnegación, la más dispuesta siempre al sacrificio, pues en la nuestra no hay deserciones nunca cuando del cumplimiento del deber se trata, no obstante que ya de antemano contamos con la ingratitude por premio, no obstante todo esto, es nuestra clase la menos respetada por altos y por bajos, por grandes y por pequeños. Nos acontece precisamente lo contrario de lo que sucede á los que pertenecen á otras clases sociales. El sacerdote, el militar, el magistrado, por ejemplo, son respetados por el solo hecho de ser magistrado, militar ó sacerdote. Si alguno de ellos pierde la estimación pública, será por culpa suya. Para ello es necesario que el sacerdote sea lincecioso, el militar cobarde, prevaricador el magistrado. Pero mientras esto no suceda, el prestigio de la clase ampara y protege á todos sus individuos. ¿Nos sucede lo mismo á los médicos? Desgraciadamente no. Casi el ser médicos nos perjudica. Y si no nos perjudica, es lo cierto que para estimársenos no se tiene en cuenta la clase á que pertenecemos. Tal médico y tal otro son estimados, no porque son médicos, sino por otras razones puramente personales, que los hace dignos de esa estimación. A este se le quiere porque es amable, á aquel porque se le tiene por entendido... al de más allá se le quiere porque sí, porque cayó en gracia; que en esto de la estimación pública se ven cosas tan raras, que parece que no se ajustan á ninguna razón lógica. Pero siempre por algo propio, por algo personal, no por el respeto á la clase.

¿Y sabéis señores á qué se debe esto? Pues se debe á nuestro aislamiento, á nuestro absurdo, á nuestro feroz y suicida individualismo. Que un militar, que un sacerdote, que un abogado, ¿qué digo? que un simple obrero asociado reciba una ofensa injusta y veréis como la ofensa, á manera de corriente eléctrica, se propaga á toda la clase, repercute en todos sus individuos, todos se conmueven y de todos parte la protesta.

No así desgraciadamente cuando la ofensa la recibe un médico. Como vive solo, como vive aislado, solo también la rechaza,

solo se defiende, si es que no la aguanta y la sufre y la devora en silencio. ¿Tendré yo que testificar con ejemplos esto que digo? ¡Para qué, si todos y cada uno de nosotros podemos citarlos á cientos!

El médico es el que con menos libertad se mueve en la sociedad. Ni aun para cumplir con su deber la tiene. Díganlo sino nuestros sufridos compañeros que ejercen en los distritos rurales. Su vida no es vida, es un calvario. En conversaciones tenidas con muchos de ellos, derramaron en mi corazón las amarguras del suyo; no he sabido que admirar más, si la resignación con que soportan su suerte, si la grandeza de su alma para cumplir con su deber olvidando sus agravios.

Y no digo nada de los médicos que ejercen en las grandes poblaciones, en Bilbao, por ejemplo. En ellas no es el cacique el que se impone y cuya voluntad hay que cumplir, so pena de expediente y destitución al canto. Aquí los caciques se multiplican en forma de sociedades cooperativas ó en otras formas, en las que por una friolera tienen sus individuos médico, botica y entierro. Y que se asocien los pobres que no tienen derecho á la beneficencia oficial, se comprende y está bien que lo hagan, pues una enfermedad, á poco que se prolongue y por módicos que sean los honorarios que el médico cobre, representa para ellos un desastre económico ó el sonrojo de una deuda que no puedan pagar.

Pero es el caso que se asocian también los que no son pobres, los que acaso son ricos y pagan al médico entre todos, la centésima parte de lo que en justicia debían pagar. Recuerdo á este propósito que un médico de una sociedad de comerciantes, no de Bilbao, pero para el caso es lo mismo, me dijo que había hecho en un año cerca de ocho mil visitas, y la Sociedad le pagaba *dos mil pesetas*. Aquí si que puede decirse que huelgan los comentarios. Y esto sucede, señores, porque la clase médica no está asociada. Andamos sueltos y desperdigados, las Universidades no hacen más que hacer médicos, y en esto como en todo, la abundancia es causa de menosprecio. Si cuando se anuncia un cargo de esos tan miserablemente retribuidos no hubiera nadie que le solicitase, no habría más remedio que dotarle más decorosamente ó renunciar á tener médico. Pero por desgracia no sucede eso; antes sobran solicitantes, y para conseguirlo no hay medio á que no apelen, ni recomendación que no busquen. Lo que quiere decir que estamos peor que los obreros manuales, que los obreros

de una fábrica, que los mismos cargadores del muelle, peor que todo el mundo, pues esos obreros ó no trabajan ó ganan un jornal con el que al menos pueden vivir.

Y lo que digo de esas Sociedades puede decirse de muchas Corporaciones oficiales que anuncian plazas tan miserablemente dotadas, que no se concibe que haya quien las solicite y las sirva, sobre todo si se tiene en cuenta que el que las solicita ha tenido que estudiar doce años, lo mejor de su vida, para poder solicitarlas.

En la conciencia de todos nosotros está que no sucedería esto si los médicos formásemos un solo cuerpo, y, como los órganos nobles en el cuerpo humano, cuidáramos de que á cada miembro tocase la parte vital necesaria para poder siquiera gozar de salud, para poder vivir. Poder vivir, señores, no digo más que poder vivir, pues abundan los ejemplos de compañeros que después de quince y de veinte años de ejercicio profesional, ni vivir pueden.

Pues bien, señores, al aceptar yo el aportar á este acto tan simpático, tan de verdadero compañerismo profesional, mi humilde cooperación, no se me ha ocurrido otra cosa para honrar la memoria del Dr. Gil, que tan excelente compañero fué, no se me ha ocurrido otra cosa, repito, que decirlos: «Esta Academia, que es hechura del Dr. Gil, esta Academia, que debe su vida al Dr. Gil, y que ha organizado este acto para dar público testimonio del aprecio y cariño que le tuvo, por su carácter franco, por su laboriosidad incansable, por su entusiasmo profesional, por su acendrado compañerismo; esta Academia debe hacer más que celebrar este acto en honor suyo, debe perpetuar su memoria, haciendo que esta misma noche nazca de ella la asociación de todos los médicos de Vizcaya, para, mirando ese retrato que nos preside, poder decirle: *Si en vida nos creaste, en muerte nos redimiste. Mientras haya médicos en Vizcaya, vivirá tu memoria.*

HE DICHO.

El Sr. Presidente: El Sr. Ledo tiene la palabra.

D. Francisco Ledo

SEÑORES: Pocas palabras podré pronunciar. Es tal el estado de mi ánimo en estos momentos, es tan grande la impresión que recibo al dirigir mi mirada al conjunto de personas ilustradas que aquí presurosas han acudido á nuestro llamamiento para

tributar un recuerdo como homenaje bien merecido á nuestro querido compañero el Dr. D. Carmelo Gil, que me será imposible coordinar cuanto quisiera decir. Gracias á todos, gracias principalmente á los señores Presidentes, diputados, concejales, hermanos y vocales de las distintas corporaciones en donde el doctor Gil prestó sus servicios ó tenía puesto señalado en sus juntas. Gracias también á nuestros distinguidos profesores de las distintas ramas de las ciencias médicas aquí representadas, sin que deje en olvido mi agradecimiento á aquellos que, alejados de esta villa por motivos de salud ú otras causas, nos han reiterado en telegramas y cartas su adhesión incondicional á este acto, no pudiendo dejar de citar los nombres del Dr. Alegría y del ilustrado clínico D. Félix Norzagaray.

Grandes serían, seguramente, los méritos de nuestro compañero cuando la Academia de Ciencias Médicas, en la primera sesión que celebraba después de la muerte del que fué su presidente y fundador, acordaba por unanimidad rendir inmediatamente un tributo de homenaje, de admiración y cariño al que fué modelo de académico por la constancia, persistencia y valiosísimo trabajo científico que á ella aportó. Unanimidad que asimismo presidió en la sesión extraordinaria que la comisión provocaba á los pocos días y hasta en todo el pueblo de Bilbao, donde dejaba al morir nuestro biografiado una huella de dolor y recuerdo intenso.

Grandes y perfectamente destacados habrán sido sus merecimientos científicos, su figura médica en sus relaciones profesionales con la clientela y compañeros y aun con la ciencia misma para inspirar el sintético y hermoso trabajo en que el Sr. Areilza cincela aquella figura con vigoroso relieve. Grande, cariñosa, paternal su conducta para con los jóvenes, necesitados de su auxilio y consejo, y que siempre prestó gustoso sin que dejara advertir nunca la autoridad del maestro, para que el Sr. Landín, representante prestigioso de esa juventud, vertiese toda su alma, impregnado de inmensa gratitud en el trabajo que dedica á su recuerdo.

Poderosa su influencia, aun después de muerto, para que pueda afirmar el Dr. Carrasco en su magistral trabajo que su recuerdo nos llevaría á la redención de la mal tratada clase médica. É impregnada su vida médica de tan señalados rasgos de altruismo en relación con el cumplimiento del deber profesional, cualesquiera fueran los obstáculos que á su realización se opusieron

y que hubieran hecho retroceder á otra alma menos templada que la suya, que en ella han encontrado manantial inagotable para sus sentidas memorias, y que todos hemos aplaudido, nuestros ilustrados compañeros Sres. Uruñuela, Pinedo y Mendaza.

Sí, la figura del Dr. Carmelo Gil tenía una característica tan singular, tan propia, tan pujante, y su alma se hallaba saturada de bondades y pasiones tan nobles cuando aquella y esta se relacionaban con la ciencia médica á quien consagró sus desvelos y á quien entregó sin reservas todas sus energías físicas, que eran muy grandes, y sus energías morales, mucho más ámplias y más hermosas, que no es extraño que no lo hayáis podido conocer los que no le tratásteis más que en la vida social. Nosotros, los médicos, somos los únicos que tenemos y guardamos con sagrado recuerdo el retrato original en el que se delatan bien claramente todas sus grandezas y virtudes. No es el nuestro el Carmelo que oísteis disputar con vehemencia en el café, en la tertulia, en la plaza pública la supremacía de todos los objetos de su pertenencia, artísticos, científicos, recreativos ó triviales; el que consideraba las flores de su jardín las más valiosas por sus matices y fragancia, sus violines los de sonoridad más pura y delicada, sus pájaros los más cantores, sus animales domésticos los más inteligentes y de privilegiado instinto, el mejor chacolí el de sus vides, ni aquel que con su aparente aspereza contradecía vuestras afirmaciones y vuestros gustos en la mesa, vuestros puntos de mira en el problema político ó social, el que á primera vista parecía rudo y poco cortés, aquel que contemplábais grande é inabordable en el círculo de cosas pequeñas y en el que aparecía querer destacar su personalidad con un egotismo infantil.

Carmelo, de esta suerte, era el que considerábamos bajo el aspecto, que yo llamo, de sus grandezas infantiles. Y es que los individuos como los pueblos tienen sus infantilismos y no son verdaderamente grandes sino cuando integran sus afectos, sus aficiones, sus gustos, sus juicios y sus virtudes en los altos ideales de la ciencia, de la moral y del arte, cuando despojados de todo bagaje de egoísmo aman y cultivan la ciencia y el arte para la obtención de la verdad y la belleza y la moral para aprovechamiento del prójimo más que del suyo propio. Y en este sentido integró su alma de tal modo en la ciencia médica, que por ella hizo dejación de costumbres, hábito, carácter y hasta de la típica personalidad con que era conocido en el trato social, llegando en

sus relaciones con sus enfermos hasta el sacrificio de sus afectos de familia, amigos, tranquilidad, reposo, sueño, sin que el último que solicitara sus servicios, después de una semana de continuada labor, advirtiese en él ni menos diligencia y deseo de acierto que el empleado con el primero; y no diríamos toda la verdad si ocultáramos que no dió prelación en las llamadas á los más ricos sino á los más necesitados de su auxilio médico, y entre éstos á los que le unían algún vínculo de familia con el compañero ó cuando éste necesitaba su consejo y pericia para resolver una intervención difícil ó arriesgada en tocología, especialidad médica que cultivó con cariño predilecto y en donde rayó á gran altura, siendo para todos sorprendente la manera como hacía versiones, aplicaciones de forceps y sondajes sin otro guía que su hábito y privilegiado arte, lo que le permitió casi siempre, cuando los mandatos de la ciencia no eran muy imperiosos, rendir un respetuoso homenaje al pudor de sus enfermas. Y al llegar á este punto y notar la ausencia de la mujer en el acto que hoy celebramos, no puedo menos de lamentarlo, pues no me explico la vida sin compartir con ella afectos, dolores y alegrías y mucho más si recordamos que el Dr. Carmelo Gil prestó sus cuidados delicadísimos á tres generaciones sucesivas de mujeres bilbaínas en el acto más sublime y doloroso que sella la maternidad.

Los entusiasmos que sintió por la ciencia médica desde sus primeros pasos en la profesión hasta cuando llegó la consagración de su crédito á mayor altura, no decayeron un momento, no pasando desapercibidos cuantos progresos se realizaban, sin que el quietismo ó rutinarismo, tan comunes en los que dedican largos años á la práctica de una ciencia, cupieran en su espíritu ansioso de escudriñar y comprobar todas las verdades. Fué el primer microscopio importado el suyo, puesto inmediatamente en las manos del más inteligente en estas investigaciones para que le pudiera aportar á él como á todos sus compañeros los datos requeridos por una observación clínica. La primera instalación de rayos X, la que á raíz de aquel portentoso descubrimiento científico trajo á Bilbao, pero no á su clínica particular, donde á las pocas semanas y gracias á sus maravillosas aplicaciones para el diagnóstico hubiera amortizado su crecido importe, sino que lo llevó á la Academia de Ciencias Médicas para que sus socios y médicos de la provincia pudieran utilizarla y don-

de estuvo á nuestra disposición durante algunos meses ahorrándonos viajes, dinero y grandes molestias.

Y de que no pasaran desapercibidos para su espíritu progresivo las grandes conquistas de la ciencia recordaremos, señores, que á su iniciativa exclusiva se debió la instalación en la Casa de Misericordia del segundo instituto que en España se estableció para la inmunización de la viruela, que más tarde, con la cooperación de algunas damas, estudiaba las bases para la creación de la Maternidad y que años después, director de este Centro y del de Expósitos, creaba la Gota de Leche para la lactancia artificial de aquellos niños, favor que extendía y percibían asimismo los niños que estaban al amparo de la beneficencia pública y aun los de familias acomodadas, sin dejar de consignar que todas estas sus iniciativas se adelantaron en mucho á las que correspondían á las corporaciones encargadas de velar por la higiene pública, por la higiene del necesitado.

Quien así miraba y velaba por la salud y vida de su pueblo en las grandes necesidades de la higiene pública, era aquel hombre que todas las horas del día eran insuficientes para que cumpliera con sus enfermos de la clientela particular y atendiera á la llamada del compañero, y esto no se concibe sin suponérsele una dosis de entusiasmo fuera de los límites de lo vulgar y corriente. Y este su amor al ideal científico lo demostró de modo evidente al perseguir con rara constancia, durante varios años la fundación de esta Academia, no para escabel de su engrandecimiento, ya consolidado, ni para satisfacciones de una exhibición pueril, sino para respirar al lado de sus compañeros la atmósfera más adecuada á la vida de su apasionado espíritu. Aquí, en esta Academia, era donde principalmente se despojaba de todas aquellas cualidades y modos de ser como era conocido en la vida social y á que nos referíamos hace pocos momentos. La modestia, la admiración, el respeto, la cortesía en la discusión, la prodigalidad en el aplauso sin salpicaduras de la envidia que tributaba á todos sus compañeros, todas estas hermosas cualidades unidas á la intensidad inagotable de labor científica con que sostuvo la vida de esta Academia durante 16 años, sin que decayeran nunca sus entusiasmos y sin que escusara su asistencia ningún día de sesión, realzaban de tal suerte la figura de nuestro compañero que allí donde se consideraba el más humilde, el más modesto y en donde creía su yo empequeñecido, era el más grande de todos.

Mas si su cultivada inteligencia estaba siempre dispuesta á recibir todos los progresos médicos para hacerlos prácticos en la curación ó alivio de nuestras enfermedades y por ello merecía nuestro respeto, su corazón, aun más hermoso, estaba tan impregnado de afectos para el amigo, para el compañero, para el doliente, que todos, sin excepci3n, le queríamos. Era seguramente de aquellos pocos seres privilegiados que han contraído méritos á un tiempo mismo para hermanar nuestra admiraci3n con nuestro cariño. Por su hermosa afectividad no comprendía ni anidaba en su espíritu el rencor ó la envidia al contemplar los éxitos de sus colegas, siendo el primero en dispensar sus errores procurando que en el iniciado en la práctica médica, que requirió su consejo en caso difícil ó intervenci3n delicada, recayere la consideraci3n y admiraci3n del cliente ¡Cuántas veces en la casi terminaci3n de una aplicaci3n de forceps ó versi3n que había practicado en caso complicado, brindaba y exigía en el inexperto médico que la concluyese para no delatar su falta de habilidad ante la familia!

Por creer las bondades y cualidades de los demás dignos de pesarse en la misma balanza que las suyas, ya lo habéis oído, confiaba á la memoria de sus clientes el número de sus visitas, consultas é intervenciones y al agradecimiento la largueza de la remuneraci3n, sin que hicieran los desengaños modificar su conducta en su larga práctica. Conducta que, como podéis suponer, hizo, (y no extrañéis que viviendo en un pueblo de aspecto principalmente mercantil hagamos cálculos y números) que nuestro biografiado dejara de cobrar y de percibir por servicios médicos prestados la suma de seiscientas mil pesetas.

¿Conocéis alg3n individuo que, propietario de una mina, no por la casualidad, ni por ingenio ajeno descubierto, cuando no transmitida por parentesco de afinidad ó consaguinidad ó quizás por procedimientos menos lícitos, haya dejado de sentir, ya que no todos la avaricia, el placer de contar lo que le produce el rico fil3n en moneda corriente? Seguramente que no. Carmelo fué, no el propietario, sino el creador, el que dió ley de metalizaci3n al fil3n, á un tiempo mismo ingeniero, capataz, obrero, medio de transporte de la mina, que la intensidad de su cerebro y el esfuerzo de su trabajo no menos intensivo forjó, sin que al contemplarla constituída por millares de visitas y cientos de consultas é intervenciones difíciles, en muchas de las cuales al dar la

vida corría grave riesgo la suya, germinara en su ánimo la avaricia, tanto más, cuanto que más estimaba para pago de sus trabajos la moneda que tiene por crisol el agradecimiento que la que corre en el mercado público. Después de este retrato de su figura moral, que tan torpemente procura mi palabra destacar ¿puede extrañaros el entusiasmo sentido por jóvenes y ancianos compañeros al evocar su recuerdo, al pronunciar su nombre?

No he de terminar sin referiros un episodio de su vida médica que yo estimo tan delicado y tan delator del cambio que se operaba en todo su ser, tanto en sus manifestaciones más superficiales como de honda afectividad, cuando se separaba del trato común de la vida, que seguramente los que no tuvistéis el placer y sentimiento hoy de ser su compañero, no le conoceríais.

Llamado para prestar sus cuidados á una niña, cuyo padre era médico también, aquel hombre que estaba ocupado siempre y que no tenía tiempo disponible ni para pensar en los suyos ni en sí propio, que constantemente solicitaban su atención problemas de honda responsabilidad, se captó desde los primeros momentos el cariño y simpatías de su enfermita y para demostrarla el suyo, ni un solo día de los quince ó veinte que duró su enfermedad olvidó el llevarla un clavel de distinto color y que él mismo cultivaba en su jardín, y cuando su esmerado acierto le devolvió la salud y la despedía en la estación del ferrocarril que había de llevarla á un pueblo inmediato para consolidar su convalecencia, al reclamarle la niña el clavel que como obligado presente esperaba, le entregó un cesto en donde reunió los de más variado matiz, para qué recordara á aquel médico que la atendió en su enfermedad, y como premio de su acierto y cuidados paternales.

¿No contrasta la manera de ser de este Carmelo? ¿No es verdad que su figura en este episodio tendríamos que encontrarla en épocas medioevales, en aquellas en que el galán ponía á los pies de su dama corazón, honor y vida?

Señores: el estado de mi ánimo no me permite continuar. Tal es la impresión que recibo al pensar que la muerte de D. Carmelo Gil lleve también á la clausura y muerte esta Academia, de este centro de cultura que él fundó y que seguramente sostuvo cuando estamos viendo que en cada esquina, en cada calle, se abren á cada paso nuevos centros, no culturales, sino movidos por intereses de orden personal ó por cultivar un sport más ó menos

exótico; en estos momentos en que se nos amenaza con la apertura de un Círculo de tauromaquia y quizás se pida mañana una cátedra de toreo para incorporarla á estudios superiores de nuestras facultades.

Es preciso, es necesario, que no muera esta Academia que hoy tributa un homenaje á su memoria; imitémosle en su constancia, en su esfuerzo, en su altruismo y tengamos por seguro que de esta suerte es como mejor pagaremos la deuda que tenemos contraída. Recojamos de todos cuantos datos nos sean necesarios para escribir lo que nos legó, no en caracteres de imprenta, para lo que quizás le faltó tiempo ó hábito, sino en hechos, que si fueron grandes porque los inspiró su saber, lo fueron aun mayores porque emanaron de su gran corazón.

Reiteremos el testimonio de nuestro pésame á su viuda é hijos, y particularmente á nuestro querido compañero, digno continuador de las virtudes y talento de su padre.

HE DICHO.

El Señor Salazar

SEÑORES: Despúes de los brillantes discursos que aquí se han pronunciado y de los notabilísimos trabajos que habéis oído leer á personas que han dedicado su vida al estudio de la ciencia médica, fuera en mí pretensión imperdonable hacer elogios del gran facultativo á cuya memoria hoy rendimos homenaje, con el conocimiento y brillantez que lo han hecho los Señores encargados de ellos.

Porque, en efecto, los señores que me han precedido en el uso de la palabra, han hablado de D. Carmelo Gil bajo todos los aspectos en que puede aparecer relacionada su vida profesional. Han hablado de él como médico en general, como tocólogo, como importador de la vacuna, como Académico, como Presidente de esta Academia, como fundador de la misma y como Director de la Santa Casa de Misericordia, de la de Expósitos y de la de Maternidad, y después de esto nada nuevo me es dable decir. *

Me he de limitar á dar las gracias más expresivas á los Señores Académicos por el honor que me han dispensado y á manifestar que nada hay más grato para un Presidente de Diputación que contribuir, aunque sea en pequeña forma, á honrar la memoria de un ciudadano preclaro y aun más si se trata de uno

como el que nos ocupa por el cargo que desempeñó relacionado con los servicios de la Diputación.

Título honroso y grande es para la Diputación tener al frente de sus servicios personal de tanto valer como D. Carmelo, pues solamente su nombre aquí evocado con cariño y admiración es garantía de que todos los servicios de la Excm. Diputación estuvieron bien montados y perfectamente servidos.

Algo os habría de decir de los trabajos que realizó en la Casa de Maternidad, pero no llegan á mi la mayor parte de los detalles, y por eso no hago historia, pero sí he de declarar que sé que durante el tiempo que figuró de Director, ni un solo momento dejó de atender á las llamadas de los enfermos y que á todas horas en todos los instantes estaba dispuesto á acudir al lado de ellos, á pesar de ser un sueldo irrisorio por lo humilde, el que disfrutaba.

En su casa estaba dispuesto á todas horas á recibir á los enfermos necesitados y jamás se formuló ni una sola queja contra D. Carmelo Gil.

Por eso yo felicito á la Academia que al organizar este acto, no solo honra á D. Carmelo Gil, sino que se honra á sí misma, pues indica la importancia que ha adquirido.

No creo que la muerte de D. Carmelo Gil pueda representar la desaparición de la Academia, como á indicado el Sr. Ledo; creo, por el contrario, que los Señores Académicos la han de sostener con más empeño, si cabe, teniendo en cuenta que la fundó D. Carmelo, ese gran hombre que huyendo de todo aquello que representaba intereses materiales, se entregó en cuerpo y alma á cumplir los deberes de su profesión, infiltrando el amor á la ciencia en sus compañeros para la cual siempre prestó su valiosa ayuda.

Un hombre así puede presentarse como modelo de ciudadanos.

HE DICHO.

LA OBSTETRICIA Á DOMICILIO

Por D. Teodoro Aparicio Arjona

Hace mucho tiempo, cuando los fundadores de este periódico Sres. Valdés, Quiroga y el que suscribe, trabajaban cuanto les era dable, y sobre todo nuestro nunca bien llorado amigo el señor Valdés, para llenar la dura tarea que se impusieron al fundar un periódico médico, escribí un artículo hijo de una discusión viva sostenida con nuestro malogrado amigo D. Carmelo Gil y Gorroño, que en ésta, como en todas, arrastrado por su amor y entusiasmo científico, afirmaba de un modo rotundo algo con lo cual yo no estaba conforme, respecto al empleo del cornezuelo de centeno en la obstetricia.

Hoy mi segundo artículo, nacido del sentimiento de su muerte y como homenaje de la cariñosa amistad y consideración que le profesé en vida, no tiende á demostrar ideas contrarias á las por él sostenidas durante su larga práctica profesional, sino á consignar mi admiración completa y conformidad con aquellas apreciaciones suyas más salientes respecto á los puntos de la práctica obstétrica en la clientela particular, que le crearon una personalidad médica, de cariño y confianza por parte de sus clientes, y de respeto y admiración y reconocimiento de todos sus compañeros.

Los descubrimientos etiológicos de mediados del siglo pasado y las consecuencias terapéuticas que de ellos derivaron, asepsia y antisepsia, modificaron el concepto y terapéutica de la cirugía general y consiguientemente en sus distintas ramas, siendo la obstetricia la que más se aprovechara de las nuevas conquistas. Consecuencia legítima del nuevo estado fué la división práctica de obstetricia de clínica y obstetricia á domicilio ó de la clientela privada, puesto que las exigencias del método no pueden cumplirse de la misma manera en la Maternidad que en la casa del enfermo.

Constantemente tocamos las consecuencias de la limitación que impone la escasez de medios en la casa del cliente para poner en práctica maniobras ó procedimientos operatorios deducidos de la práctica hospitalaria, aun siendo rigurosamente científicos y de resultado clínico altamente satisfactorio; es que per-

sonal idóneo y abundante, material completo y rigurosamente aséptico, espacio conveniente y vigilancia continua, son condiciones extrañas á la casa particular aunque se trate de gente rica.

Puede en el primer medio prepararse el enfermo y practicar el médico la moderna cirugía obstétrica sinfisiotomía, operación cesárea vaginal, operación cesárea abdominal, infra-peritoneal y la clásica, etc., etc., operaciones todas imposibles de llevarse á cabo en la práctica particular con las garantías de éxito con que se practican en la clínica; pero como las indicaciones no dejan por eso de presentarse en la clínica privada, el médico se ve obligado á poner en contribución cuanto sabe y puede para resolver los problemas que la práctica á diario le presenta, y éstos no se resuelven sin la abnegación, la entereza, el conocimiento acabado de dichos problemas, habilidad manual y decisión valiente y tenaz que era la característica de nuestro bien querido amigo Sr. Gil.

Amante de su profesión, como pocos, entusiasta de todo adelanto, espíritu abierto á toda innovación nacida de principios rigurosamente científicos, miraba con entusiasmo y aceptaba toda buena conquista; solo guardaba cierta severidad y cierto reparo cuando sospechaba que afanes de notoriedad, ligerezas de juicio y estadísticas excesivamente dúctiles, inspiraban determinaciones prácticas no siempre en beneficio indiscutible del enfermo, y como tenía personalidad propia no daba su asentimiento á la práctica de la operación cesárea subperitoneal en la placenta previa, ni podía aceptar sin discusión la supremacía de la dilatación instrumental del cuello sobre la manual en los casos de eclampsia ó en aquellos en los cuales el vaciamiento del útero hubiera de ser rápido y seguro, sin pesar y repesar bien sus indicaciones. La versión y las aplicaciones de forceps, eran por él ejecutadas con tal maestría, que casi pudiera decirse que con ellas resolvía la mayor parte de las distocias.

Como prueba de la confianza que tenía en el forceps, de cuyo instrumento tenía la más completa colección, y la habilidad con que lo manejaba, podemos decir que no necesitaba de la posición obstétrica para hacer una aplicación difícil, ni una versión rápida de indicación vital, las exigencias de la práctica en la casa del pobre ya de la población ya de la aldea á donde su amor humanitario y científico le llevaron á diario, le hicieron aguzar su ingenio,

sábía práctica donde todos hubieran desmayado. Así vemos como salva una niña por aplicación de forceps en el momento mismo que muere la madre afecta de insuficiencia mitral por rotura durante el trabajo del parto, de la compensación establecida, con más rapidez y seguridad que la mejor operación cesárea lo hubiera hecho, aplica el forceps y salva á la niña.

De boca de todos sus compañeros se oyen historias de casos notables, en los cuales la seguridad y destreza de la maniobra obstétrica salva la madre y el niño en trances verdaderamente apurados, cuando la muerte se cernía sobre el lecho de la parturienta.

Nuestro amigo D. Marcelo Díez, abundando en mis ideas respecto á la personalidad de D. Carmelo, me contaba el caso de una embarazada con placenta previa central, casi agónica cuando ellos la vieron, por la hemorragia aguda, escapar de las garras de la muerte por medio de una versión seguida de alumbramiento artificial, ejecutado en un tiempo imposible de medir por lo breve.

Los casos de placenta previa y de eclampsia terminados con feliz éxito para la madre casi siempre y muchas veces para el niño, previa dilatación manual del cuello, le hicieron, y yo participo de esa misma opinión, muy reservado respecto á la conveniencia y necesidad de las nuevas operaciones obstétricas y de la supremacía de la dilatación instrumental sobre la manual.

En todos perdurará el recuerdo del caso notable de monstruos exifopagos, cuya historia fué discutida en la Academia y publicado por la GAZETA MÉDICA, en cuyo caso rayaron á igual altura su intuición diagnóstica y su habilidad manual.

Consideraba la mano insustituible frente al mejor instrumento obstétrico, pues guiada por un sano é ilustrado juicio clínico resuelve por medio rápido y seguro cuantos conflictos de orden obstétrico se presentan en la práctica.

Convencido y entusiasta de los cánones de la asepsia y anti-sepsia, sabía evitar los contactos impuros, teniendo sus manos prontas á una desinfección tan completa como fuera necesario, para garantir el resultado de sus intervenciones, pareciéndole que la ventaja de la completa asepsia instrumental no era bastante á relegar á segundo término la inteligencia y seguridad de una mano sabiamente dirigida, creyendo que, si bien es difícil la limpieza absoluta de las manos del tocólogo, no lo es en lo que

pudiéramos llamar limpieza quirúrgica, probándolo así su práctica larga y brillante.

Estoy plenamente convencido de que el papel del tocólogo, en la clientela particular, es difícil; se precisa un espíritu abierto á todo adelanto científico, un amor y abnegación profesional, llevadas hasta el sacerdocio, con una prudencia y una habilidad manual tan completa como la alcanzada por nuestro malogrado amigo Sr. Gil, y entonces puede verse que los inconvenientes de la práctica obstétrica á domicilio frente á la clínica desaparecen y aun la supera, puesto que no puede caerse en aventuras operatorias de mayor ó menor lucidez y legalidad científica, no siempre beneficiosas á la mujer que pare.

Sería interminable este pobre y deshilvanado artículo de homenaje, si hubiera de señalar los innumerables casos por él asistidos; el concepto acabado sobre los problemas que en la práctica á diario se presentan, las enseñanzas que de su conversación se desprendían á cada momento: sólo puede decirse en síntesis, que dominaba en tal forma la especialidad obstétrica, que fué especialista sin pretenderlo, que sus clientes y compañeros rindieron culto á su competencia considerándolo como el prototipo del tocólogo en la clientela privada.

El pueblo de Bilbao y no solo Vizcaya, sino la humanidad entera están de duelo. Personalidades como la de D. Carmelo Gil son insustituibles y su pérdida no puede llenarse fácilmente.

Los médicos perdimos un compañero cariñoso é ilustrado, un apoyo y sostén material y científico en nuestros constantes desfallecimientos profesionales.

ÚLTIMO TRIBUTO

Por Fr. de Unibaso

El acto de honor celebrado hoy en memoria de D. Carmelo Gil y Gorroño, es un acto más que de honor, de deber y de justicia.

Las penas cuando son grandes, unen á los hombres más que las intensas alegrías. Ved por esto esa aglomeración del elemento médico que ha venido á rendir homenaje al que en vida cultivó la Ciencia Médica bajo todos sus aspectos, pero especialmente la obstetricia.

Admiración y sorpresa á la vez, ha producido oír su biografía: Carmelo Gil no era de Bilbao; el hombre que con tal admiración hablaba de Bilbao, nació en Sodupe; el hombre que con tales detalles conocía la historia antigua y contemporánea de esta capital, no era Bilbaíno; el que con tanta énfasis (permítaseme la palabra) de Bilbao hablaba hasta el extremo de llegar en ocasiones á la vanidad, había nacido algo lejos de este su lugar favorito; fué por lo tanto un excelente Bilbaíno adoptivo digno de tener muchos imitadores.

Abnegación y desinterés fué la divisa de nuestro querido y llorado compañero; *firmez*a para el cumplimiento en el ejercicio de sus deberes, era su voluntad; *amor á la Ciencia* su sentimiento: Ahí tenemos el *alma médica* de D. Carmelo.

Cultivó especialmente la Obstetricia y en esta especialidad rayó á una altura á la que difícilmente llegaremos los demás.

El campo de su amistad era inmenso; los respetos al profesor eran generales. Y no podía menos de ser así: es esta especialidad la que más se presta al eterno recuerdo.

Pensad en el preciso momento en que la mujer ha de convertirse en madre; las ilusiones del embarazo desaparecen ante la realidad de un parto duro ó distócico; la parturiente entre terribles dolores se cree morir y de esta sugestión de la muerte contagia á la familia; en aquel momento todas las esperanzas se truecan en dolor, un ambiente tétrico rodea el lecho y entonces el tocólogo práctico interviene y en pocos momentos acaso, la escena ha cambiado; las lágrimas de dolor son lágrimas de alegría y regocijo; el ambiente es de satisfacción; la mujer ya es madre.

D. Carmelo Gil ha sido durante muchos años el que ha proporcionado esos consuelos y los ha proporcionado como antes he dicho, con abnegación, con desinterés, con amor. ¿Cómo han de olvidarlo? ¡Cuántas y cuántas madres habrán rendido su homenaje! No á igual que nosotros, sino de manera más grande, cual corresponde al deber de las que siguen viviendo gracias á la intervención del que ya está muerto.